

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8277

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 8 de Junio de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por qué voy, pobre de mí, el apetito perdiendo: aunque creo que ya entiendo cuál es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente á media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas luminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

ECOS DE MADRID.

7 Junio de 1889

La Real orden que se ha expedido por el Ministerio de Fomento prohibiendo las recomendaciones en favor de los estudiantes, considerándolas como un delito y amenazando con persecuciones á los que recomienden y á los recomendados con notas inferiores á la que merezcan, ha sido un gran favor que se ha dispensado á los profesores que forman los tribunales de exámenes; pero se resentirán mucho este año la industria papetera, los fabricantes de tinta y los que hacen tarjetas.

Es... mejor dicho, era asombroso el número de recomendaciones que llovían estos días en los años anteriores sobre los pobres jueces, bajo la forma de esquelas, tarjetas, volantes y recaditos de atención.

Los profesores no podían dar un paso sin tropezar con una recomendación más ó menos atendible. Claro es que solo de un diez por ciento hacían caso, pero este diez por ciento representaba millares de disgustos.

—Mi hijo no está muy fuerte, sea usted indulgente con él.

—Mi sobrino se ha pasado el invierno jugando al billar, pero sería un gran contratiempo para su familia que perdiese el año. Acuérdese usted de nuestra antigua amistad.

Y las damas aristocráticas, y las actrices en boga, y los diputados y los toreros todo el mundo recomendaba.

¿Qué apuros los que pasaban los pobres jueces! Por regla general los que más recomendados estaban eran los más ineptos. Como dar calabazas al hijo del banquero A, al sobrino del ministro B, al nieto del general C, al apadrinado del diestro X ó del empresario de teatros Y?

Hoy todo esto ha acabado... con la forma; pero no hay que hacer ilusiones, en el fondo sucede lo mismo.

Las recomendaciones de escasa importancia se pueden eludir, pero las otras...

—Creo que forma V. parte del tribunal que va á examinar al hijo del capitalista M?

—Si señor.

—Habrás estudiado poco.

—Eso me han dicho.

—Como su padre es rico, no necesita la carrera y la sigue por lujo.

—Bien puede ser.

—Su padre es muy amigo mío.

—Lo celebro.

—Y V. y yo nos queremos como hermanos.

—Sí, señor. Por mi parte...

—Pues no le digo á V. nada... Conste que aunque deseo vivamente que ese chico salga bien del examen, no se lo recomiendo á V.

España es el país del capeo y nadie nos gana á capear las leyes. Las recomendaciones nuevas son de palabra é indirectas. Más eficaces que las otras.

Los que salen perdiendo ya lo he dicho antes, son las tiendas de objetos de escritorio.

Hemos estado expuestos á quedarnos sin cartas durante unos días. Los carteros de Madrid, ofendidos por haber ingresado en el cuerpo de correos una persona que en su concepto no reunía las condiciones reglamentarias, resolvieron declararse en huelga... La huelga del decoro ofendido.

Considérese el lector que habría sido de nosotros los habitantes de Madrid, si durante dos días vivimos separados del resto de España. Los banqueros, los negociantes, las familias, y sobre todo los amantes, habrían puesto el gr to en el Sr. de Mansi.

Creíamos todos que el cartero era un personaje sin importancia en la comedia de la vida. Solo el temor de la resolución que adoptaron antes de ayer los de Madrid, nos ha hecho comprender que podemos pasar dos ó tres días sin gobierno; pero sin carteros de ningún modo.

Los que cobran perros chicos significan para los miseros mortales más que los que cuentan sus honorarios por billetes de Banco.

Pero tranquilicémonos. Han tenido piedad de nosotros y después de protestar han seguido repartiendo cartas.

La montaña rusa, sigue siendo á pesar de la catástrofe acaecida en París, el gran atractivo de los aficionados á divertirse.

Sin entregarse á ese ejercicio, que tiene algo de grandioso y de atrevido, se halla la muerte cuando menos se piensa.

El lunes último falleció de repente víctima de una apoplejía el reputado editor D. Agustín Jubera. Nada hacía augurar este triste fin, que sorprendió dolorosamente á su familia y á sus numerosos amigos. Trabajador incansable, se hallaba en un período de actividad que le agradecían las letras y las ciencias españolas.

Los editores, cuando saben como el señor Jubera sabía, enriquecer las Bibliotecas con obras de verdadero mérito, no son solo unos industriales más ó menos afortunados. Son factores importantes en el progreso de los pueblos. El entierro de este editor, de este hombre honrado, de este excelente padre de familia, de este buen amigo ha sido una manifestación de respeto y cariño.

Sus hijos que continuarán la obra em-

prendida por su inteligente padre, tienen un gran ejemplo que imitar

JULIO NOMBELA.

Variedades.

Charada

Anhelante y sin fortuna
busca quien primera dos
que la dos cuatro tres una,
deje en las noches de luna
seguir de mi huella en pos.
Mi todo aburrída y hasta
con tres cuatro la una cuarta;
mas la destrozó y lijera
la cuatro terció primera
sube y de mí no se aparta.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

CUENTO DE AMOR

I

Débil, enflaquecida, con la mirada luminosa, pero triste, y en la mejilla combinado el amarillo de la muerte con el rosa febril, la negra madeja del cabello ornando, como adecuado marco, las grandes melancolías del alma reveladas en las ruinas del cuerpo, descansaba la enferma sobre almohadones y cojines, esperando el momento del último golpe de los.

El balcón está abierto.

Es una tarde de estío, una tarde bajo el cielo de Italia.

El Mediterráneo murmura y sonríe, y los vientos alisios pasan besando con sus oleadas de perfume, siempre tibias.

Casi á la puerta de la villa en que la enferma agoniza, pasa el camino que une la playa y la ciudad.

Desde el abierto balcón puede observarse el alegre bullicio de la gente que corre á divertirse—trajes claros y vaporosos, sombreros adornados de chillonas cintas, carruajes descubiertos, pequeños y ligeros, semejando canastillas de flores;—y allá, un poco más lejos, más allá aun de los rosales silvestres, de los bosques de laurel y de las palmas inmóviles, la perezosa inmensa del Mediterráneo, tranquilo, terso, azul, perdiéndose en los horizontes...

Cae la tarde, y mientras en la altura enciéndose una estrella, una sola, que brilla como si fuese de oro en el azul del cielo, y con tono argentado en el azul del agua, la brisa que se levanta, como un aliento suave de las plantas y de las flores, penetra por el hueco del balcón, llevando á la pobre enferma las risas del mundo y los silencios del mar.

No percibe los silencios ni las risas; absorbida por la idea de la muerte, sólo cree oír el ruido de un cadáver al deslizarse en una tumba...

Únicamente se distrae mirando la sortija de plata que se ajusta al dedo anular de su mano izquierda; observa la perla engarzada, una perla chiquita, mística, enferma, cuyo oriente vélese y se estremera alguna vez, como si fuera á extinguirse...

Mira y vuelve á mirar hacia la perla triste... ¿Qué busca en ella?

Su felicidad antigua, sus melancolías de otro tiempo, sus sueños, sus besos, sus lágrimas...

En la perla está toda su vida.

II

Recuerdo.

Un día—seis años habrán ya pasado—dabase un gran baile en el palacio de su abuela. El mayor placer de aquella dama venerable, que nunca perdió su buen humor ni el gusto por la vida, consistía en ver confundidos en el salón los negros fracs de los jóvenes, con la blanca muselina de las muchachas casaderas.

Las lindas parejas daban vueltas y más vueltas á la luz de la monumental lámpara, ó paseaban y danzaban en la galería de cristales, asomándose á veces á contemplar el hermoso jardín fantásticamente iluminado por la luna.

Tenía entonces ella diez y siete años, y bailaba como las demás, aunque con menos alegría, con una ternura honesta.

Solía tener siempre comprometidos los bailes con un muchacho, que casi no le llevaba un año más de edad.

¡Qué feliz era cuando él, cogiéndola la mano, enlazábala por el tallo y se perdían rápidamente entre las otras parejas!

Más dulces que las de la orquesta parecíanle entonces las músicas que creía oír sonando en su corazón.

—¿Porqué aquella noche sintió frío en su mano al tocar la de él? ¿Qué era aquello que él le deslizaba en el dedo del corazón?

—Es una sortija—pensó desde luego; no necesitó mirar.

Púsose algo encarnada, y al acabar la valseada, salió corriendo del salón y bajó al jardín. Detúvose cerca de la madre-selva, ya en flor, y á la luz de la luna, que reverberaba con claridad extraordinaria, observó «aquella». Una sortija, en efecto... Una sortija, en cuyo aro de plata incrustábase una perla muy blanca y de oriente puro.

De pronto, sintiéndose amada, comprendió que ella amaba también; y con sus frescos labios de virgen besó la sortija, que hubo de recordarle el anillo de los desposados.

En esto creyó escuchar pasos cercanos; su prometido (ya no le veía de otra manera) había seguido hasta el jardín; ¡qué vergüenza! y toda la sangre se le agolpó en las mejillas; no se atrevió á moverse, y teniendo la perla todavía cerca de los labios, uno y otro se contemplaban mudos y estáticos. En estos momentos que es cuando se produce el trueque de las almas, de un nido al otro nido pasan invisibles palomas...

Después, con las manos entrelazadas y sin dejar de mirarse, abandonaron el jardín, y subieron maquinalmente sin ponerse de acuerdo los escalones de la terraza. Al llegar á la galería de cristales, desde un gabinetito inmediato, que tenía entrada al salón, les sorprendió la abuela, que se complacía viendo á lo lejos pasar con sus risas locas, los grupos llenos de juventud y alegría.

Detuviéronse los dos aterrados y sin pronunciar palabra... Pero niña, ¿qué es esto? —balbuceó la anciana con aquel acento de bondad que no podía disfrazar nunca... —¡Dios mío!... Abuela de mi alma...—murmuró la gran pecadora, y la abuela, abrazando á los dos, á uno y á otro los besó en la frente. Casados ya, tuvieron durante un año toda la felicidad que aquí abajo puede encontrarse.

Ser esposo y adorar... ¡suprema alegría humana! Un poco más de dicha y ese es Dios. Verse en todo momento, hablarse á toda hora, mirar las mismas cosas, respirar el mismo aire, —¡ah! cuando se ama eso es el paraíso en la tierra.—Lejos, ¡qué triste está todo! La fiebre sube á la frente, el corazón tiene dolorosos latidos, los ojos, como carbunclos siniestros, clávanse en la pared; falta aire en los pulmones, falta luz en el cielo, falta Dios... Y se busca la imagen adorada en los rincones